

# ZOLA Y LOURDES

Perdone el benévolo leyente que hayamos formado el encabezamiento de este escrito con un ramillete de azucenas colocado a la vera de un estercolero. Un articulejo de Wenceslao E. Retana, reproducido por "The Independent" nos pone en el trance de traer a colación al novelista francés. Escribe Retana: "Tres veces nada menos he estado en Lourdes. . . Y doy fe de que lo más admirable de Lourdes es. . . la novela de Zola titulada "Lourdes" que allí se vende". Vamos a dar unas pinceladas para demostrar lo necio de la afirmación.

Zola ha conquistado un puesto en el templo de la celebridad. Equivaliera a echarse polvo en los ojos, quererlo negar. Mas no todos llegan al Olimpo por la misma vereda, y si los hubo que caminaron por el florido sendero de verdeante pradera, no han faltado quienes hayan preferido sofaldarse, como Jorge Sand, o recogerse el pantalón, como el inmundo Zola, para arrojarse desembarazadamente al charco hediondo de las miserias humanas, recoger de entre ellas las más pronunciadas y servir las al público, ora en fino plato de faenza, ora en auténtico cuenco de barro francés.

Y esta es precisamente la causa principal de su celebridad. No es ahora la oportuna ocasión de detenernos en el análisis y la crítica de su obra literaria, yá que todo amante de las bellas letras sabe a estas alturas no "ser el arte copia servil de lo real", como dijo un crítico español, y haber sido la manía descriptiva de Zola uno de los males "qui ravage notre littérature", según escribió otro crítico galicano. La escatofilia del autor de "Nana" no pasa de ser un estado patológico de su paladar.

Tanto que nos vemos obligados a acercarnos a sus cenizas con las fosas nasales comprimidas fuertemente entre el pulgar y el índice de la mano siniestra, no movidos del deseo de saciar nuestra venganza en un muerto, lo cual fuera, a más de cobardía, cierto género de sacrilegio, sino con la intención de colocar puntos sobre algunas íes y presentar un esbozo del cuadro de la verdad.

Entre las obras de Zola hay una cuyo mote es: "Lourdes". Aquel baboso escritor que trabajó por embadurnar con la purulenta secreción de su pluma cuanto existe de sagrado y respetable, no podía dejar intacta la inmaculada albura de la aparecida en las rocas de Massabielle. Y abandonó en cierta

coyuntura su cueva pelotillera de la capital francesa, llegó con aparente respeto al villorrio pirenaico, residió en él durante trece o catorce días, consagrados casi exclusivamente a satisfacer la curiosidad de sus múltiples admiradores, acosado de una nube de gacetilleros venidos de toda Francia, sin haber permanecido más de dos horas en la Oficina de Comprobaciones, ni haber tomado una sola nota ni seguido el examen de ninguna de las curaciones por él presenciadas, ni practicado encuesta alguna, y, a su retorno publicó una obra de más de doscientas páginas sobre las maravillas observadas en aquel santuario de renombre universal.

¡Y los zamacucos que le leen, tan satisfechos como pudiera estarlo el discípulo a quien comunica su maestro el depósito científico arrancado a la naturaleza a poder de luegas y continuadas vigiliadas, perdidas en la persecución de la realidad!

La obra de Zola sobre "Lourdes" ha sido precisamente el canto de gracia que él mismo colocara en la honda del apologista católico, por disposición de la Providencia, para poderla lanzar a la frente del Goliat del naturalismo literario, dar con él en tierra, amputar su cabeza y arrojarla del otro lado de las tapias que circundan el campo de la pública estimación.

Zola ha mentido en su obra, y ha mentido a sabiendas. Y el escritor que miente advertidamente, con manifiesto intento de engañar al lector, pierde para siempre el ascendiente que sobre él pudiera por ventura tener.

Hace unos tres años falleció en París María Lebranchu, la misma a quien Zola había asesinado con premeditación y alevosía en su impía novela con ribetes de historia, quedando por ende el plumista condenado a des crédito perpetuo en el tribunal de la sana razón.

Era María en 1892 una mujer de treinta y cinco años y estaba yá condenada a muerte por los médicos del "Hotel-Dieu", puesto caso que la tuberculosis pulmonar había destruído completamente uno de los pulmones y la existencia del otro se avecinaba a su fin. Sus padres habían sucumbido al empuje destructor de la misma enfermedad. Cuarenta y ocho libras perdidas le daban el aspecto cadavérico, cuyo desenlace no podía hacerse esperar. Este fué el tono en que se hallaban redactados los certificados del Dr. Marquezy, y no era otro el parecer del profe-

sor Germain See del renombrado Hospital. Es decir, de las tejas abajo, era cosa de empuñar yá la cuerda del badajo y disponerse a tañer por la partida de aquella moribunda mujer.

El 22 de agosto se decidieron a trasladarla a Lourdes. Mas, llegados a la piscina, resistiéronse los camilleros a darle el baño que la paciente pedía "con muchas lágrimas", en frase del mismo Zola, pero hubieron de ceder, al cabo, movidos de caritativa compasión. Eso se le daba a la pobre María morir en la camilla que en el agua de la piscina. Apenas llevaba tres minutos en el baño, exclamó: "¡Estoy curada!" Así lo testifica Zola en persona.

Mas, es propio de espíritu mezquinos asirse al hecho verificado por nuestros sentidos, y característico de las inteligencias privilegiadas pararse a buscarle la explicación, que, a las veces, equivale a entretenerse en la tarea de buscar tres pies al gato. Y el novelista se cuenta, por lo común, entre éstos últimos, según aquello de Unamuno: "Cuando oigo a algún desconocido decir:—Nosotros los intelectuales—, me digo al punto:—¡Vamos, éste es literato!"

Y entra Zola en el terreno científico, como pudiera penetrar un paquidermo en bien cuidado vergel dispuesto a hozar con su jeta cuanto tope, y arremete con todas las leyes conocidas, haciéndolas juguete del misterio del capricho, por huir del misterio del milagro: "¿Sabemos, acaso, si en determinados casos puede o no un baño helado curar la tuberculosis? ¿Se puede hablar o no de leyes absolutas en la ciencia? ¿Dónde están las leyes en medicina? ¿Que me las enseñen! ¿Por qué no ha de ser milagro para el médico aquello que no ha podido prever, así lo realicen las fuerzas ignotas de la naturaleza, como cuando procediere de una potencia sobrenatural? ¿Todo ello podrá ser debido a fuerzas todavía poco estudiadas: efectos del viaje, de las oraciones, de los cánticos y sobre todo del "soplo curativo", ese poder desconocido que se desprende de las masas en la aguda crisis de la fe?"

Hé aquí una manera de resolver las dificultades de un hecho verificado por los sentidos. Con lanzar al aire un puñado de interrogantes, salpicadas de gratuitas suposiciones, derrocando de una plumada toda confianza en las leyes naturales yá conocidas, sin que esto sea parte para dejar de acogerse a ellas cuantas veces les conviniere, quedan los muy desahogados al cabo de la calle y tanto crédulo ñoño se baña en agua de rosas, convencido del triunfo de su figurín.

Zola acude a Lourdes. Presencia en la piscina varios milagros. Impotente para aclarar el misterio, mediante la proyección de un haz de luz, rechaza y niega su existencia, mientras arroja a sus lectores la carnada de otro misterio de propia invención y sin fundamento en la realidad. Y los leyentes muerden el anzuelo con inconcebible candor. Es la historia sempiterna: si no hubiese tantos lectores bobos, no existiría tan gran número de escritores osados y procaces.

Fuera necedad querer negar al novelista el derecho de hacer cuanto le pluguiere de sus personajes, mayormente siendo, como es, la novela una ficción. Mas cuando se entrelazan las arquitecturas de la imaginación con los acontecimientos de la historia, y se da al conjunto la apariencia de verídica narración de lo substancial, quedando al arbitrio del autor barajar libremente los accidentes, no le asiste yá al novelador el derecho de falsear la esencia de la verdad.

Como en cierta ocasión increpase a Zola el Dr. Boissarie de haber quebrado los hechos al quitar la vida a María Lebranchu en la camilla de un hospital, cuando a la sazón gozaba de muy buena salud, respondió el descocado escritor: "Soy dueño absoluto de mis personajes, y puedo libremente hacerles vivir o morir... La señorita Lebranchu no tiene razón de quejarse, puesto que está curada. Extra de esto, no creo yo en milagros, y supuesto que viere a todos los enfermos recobrar instantáneamente la salud, no había de tener en ellos mayor fe".

No obstante esta aparente ecuanimidad, una salía y otra quedaba. Comprendiendo Zola haber quedado en ridículo ante sus admiradores sensatos, si algunos tuvo, y como el Presidente de la Oficina de Lourdes y los escritores católicos le diesen vaya sobre que se casaba mal aquel modo de corromper voluntariamente la verdad con la honradez, mohíno de verse así motejado, propúsose quitar de enmedio a la curada en Lourdes, a quien él, a mano airada, arrancara la existencia en su novelón.

Oigamos a la misma Lebranchu: "Presentóse Zola de improviso en mi casa, y después de hacerme saber cómo el Sr. Boissarie le venía zahiriendo sin cesar a cuento de mi curación, preguntóme si tendría inconveniente en abandonar París, y aun Francia, para retirarme con mi marido a Bélgica, donde nada nos habría de faltar. A la sazón, él mismo vivía en Bélgica... Dicho lo cual, tiró de cartera, tomó de ella un puñado de billetes, y, sin contarlos siquiera, me los ofreció, diciendo:—Tomad, que con esto tendréis a buen recaudo para un mes;

yo buscaré entre tanto algo adecuado para vosotros, y seguiré interesándome por vuestro bienestar—. Yo vacilé unos instantes, porque, a la verdad, a pesar de trabajar día y noche, estábamos siempre a la cuarta pregunta. Mas, no tardó mi marido en quitarme la tentación, pues acercándose a Zola y tomándole del brazo comunicó brusco movimiento de rotación, en tanto que exclamaba iracundo:—Ira de Dios, lejos de aquí!”

Esa es la honradez del afamado novelista francés, corriendo parejas la del escritor con la del caballero. No pudiendo ocultar la verdad de los sucesos, ni disponer de medios para falsearla al tenor de sus teorías, echó mano de una traza conocida ya de tiempo atrás. Aun allá sobornaron los judíos a los guardas del santo sepulcro, para que testificaran habérseles robado el depósito sagrado, como ellos se durmieran, arma al brazo,

lo más de la pasada noche.

Pero, para confusión de aquellos embaidores, aparecióse el Salvador resucitado a amigos y conocidos, y para mengua y descrédito del marrullero novelista francés, ha vivido VEINTIOCHO AÑOS perfectamente curada María Lebranchu, “la Grivotte”, habiendo muerto, según el “ECHO de París”, uno de los diarios más desenvueltos y menos sospechosos de clericalismo, a principios del año de 1920, cuando el falsario Zola la había hecho sucumbir, a poco de volver de Lourdes, en la camilla de un hospital. Así escriben nuestros adversarios la historia. De parecida suerte quieren destruir el imperio del milagro tantos “zolas” y “zolillas” de redacción.

¿Y de Wenceslao E. Retana? Júzguele de acuerdo con lo expuesto el discreto lector.

PAULINO.

☞ Anúnciese en ESTUDIO ☞

**Busque V. en  
ESTUDIO  
el próximo anuncio de  
S. Juan Heights  
ADDITION**